18 1317-1

Bernardo Leighton y un exhorto

ANDRES AYLWIN A.

Para muchos, Bernardo Leighton es uno de los políticos chilenos más sobresalientes del presente siglo. Un hombre visionario, inteligente, ecuánime, bondadoso. Amigo de todos, símbolo de un cristiano actuando en la cosa pública.

Sus muchos títulos y cargos (ministro de Estado; presidente de la Democracia Cristiana; Vicepresidente de la República; parlamentario) no agregan nada nuevo a lo que él ha representado en la política chilena, especialmente en los períodos más difíciles o conflictivos.

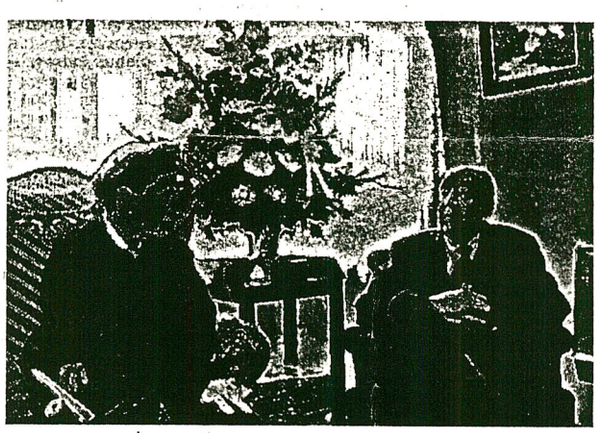
Ha sido siempre un símbolo de paz, de diálogo, de afirmación de la capacidad de los hombres para entenderse entre sí.

Caminar por cualquier calle con Bernardo Leighton fue siempre un espectáculo de humanidad. Todo el mundo lo saludaba con cariño; para nadie faltaba la palabra alegre, jovial, alentadora.

Durante los años 1972 a 1973 existía en la Cámara de Diputados un clima extraordinariamente confrontacional y podríamos expresar que había ocasiones en que nadie escuchaba realmente a nadie. Sin embargo, cuando Bernardo Leighton pedía la palabra, se producía en la sala un impresionante silencio. Una aureola de respeto rodeaba todas sus actuaciones.

Nunca creyó Bernardo en la posibilidad de un levantamiento militar. Reiteradamente le escuchábamos decir: "Tenemos Fuerzas Armadas realmente profesionales y comprometidas con la democracia como para imaginar un golpe". También creía vehementemente en la existencia de una derecha profundamente democrática. Tal vez por ello, el "pronunciamiento militar" lo afectó especialmente. En su mente jamás ha habido un espacio para imaginar nada que sea ajeno a la corrección o a la bondad.

Es sabido que el mismo 11 de septiembre de 1973 Bernardo Leighton interpuso el primer recurso de amparo. También ese mismo día se convirtió en el principal redactor y promotor de una declaración pública condenando el golpe de Estado, que también suscribimos un grupo de dirigentes democratacristianos. Citamos estas dos actuaciones porque ellas son reveladoras del compromiso profundo de Bernardo Leighton, tanto con el "hombre concreto" que sufría como con el conjunto de los hombres, es decir con la patria en su globalidad. Esta condición de hermano de todos y, a la vez, de líder político, es uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad.



Después del 11 de septiembre de 1973, a Bernardo Leighton se le veía triste, como a un pájaro silvestre en una jaula. Solía decirnos: "La libertad es como el aire: sin libertad la vida carece de sentido". Por otra parte, ya no podía caminar por las calles alegremente, pacíficamente, saludando a todo el mundo. Es terrible constatarlo, pero la bondad suele ser considerada peligrosa y revolucionaria en tiempos de odio, crueldad y opresión.

Fue en esas circunstancias que Bernardo partió a Italia. Triste, pobre, acompañado sólo de Anita, su compañera de amores, ideales y sufrimientos.

Preocupado de todos, Bernardo nos había dicho en varias oportunidades: "Cuídense especialmente en la noche, cuando vayan entrando a su casa. Si quieren hacerles algo, ése es uno de los momentos más peligrosos". Justamente así, al entrar a su casa en la noche en Roma, intentaron asesinarlo.

La noticia del atentado impactó profundamente en Chile. ¿Por qué la violencia contra alguien que era el símbolo de la paz? ¿Por qué el crimen atroz contra personas indefensas? ¿Por qué tanta crueldad desatada fríamente contra la expresión misma de la bondad? Sus más cercanos lo intuimos desde el primer día: quien era el principal amigo y símbolo de la paz para tantos podía unir a la mayoría del país en la lucha por la libertad de la patria. ¡Por eso procuraron eliminarlo!

Varios meses después del atentado viajé a Italia con el financiamiento e instrucciones de varios amigos comunes. Deseábamos que Bernardo y Anita dieran su autorización y mandato para que a través de una querella criminal intentáramos hacerles justicia.

Todo fue muy agradable y nostálgico en aquel reencuentro en Roma entre Anita, Bernardo, mi esposa Mónica y yo. Sin embargo, en una tarde, cuando pretendí plantearle a Bernardo nuestro propósito, él reaccionó serena pero resueltamente, con una convicción tan profunda que no daba lugar a réplicas posibles. Me dijo simplemente: "Andrés, el atentado ya lo hemos olvidado. En todo caso, ya lo hemos perdonado". Y después, tomándome del brazo me agregó: "Andreyev (que es la forma como cariñosamente me ha llamado siempre), vamos a probar un viñito blanco italiano que maravilla".

Reconozco que esa determinación moral me impresionó profundamente y siempre he sentido un deber respetarla. Más aún, desde aquel día mi admiración por Bernardo y Anita adquirió un sentido espiritual mucho más profundo.

Bella lección.

En un mundo en que cualquiera pequeña ofensa adquiere caracteres de eternidad, ellos perdonan a los que les habían intentado asesinar, dejándolos físicamente dañados para siempre.

Sin embargo, a pesar de la determinación moral de Bernardo, la justicia italiana siguió su trabajo de investigación por propia iniciativa y hoy, a través de un exhorto, se pretende reforzar las pruebas ya acumuladas que vinculan el cobarde atentado en Roma con los servicios de inteligencia de la dictadura chilena.

Constituye éste un extraño camino que conduce, al parecer, al triunfo del bien sobre el mal, de la luz sobre la oscuridad, de la paz sobre la violencia irracional. Pues si bien es cierto que el perdón es una hermosa expresión del alma humana, también la verdad frente al crimen horroroso es un imperativo moral en la vida de los pueblos.

Andrés Aylwin Azócar es abogado y diputado de la Democracia Cristiana por San Bernardo.